

“PERMANECED EN MI AMOR”⁴

Dios ha cumplido su tarea: *Yo soy la vid verdadera*. Ahora nos toca a nosotros cumplir la nuestra. Existe un don de Dios que proviene de Él, pero existe también una colaboración nuestra con ese don.

Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí.

Tenemos el deber de permanecer unidos al Señor, el deber de adherirnos al Señor; y la indispensable necesidad de este deber es acentuada por las palabras del Señor. *Como los sarmientos... Si no permanecéis en mí:* existe para nosotros un deber absoluto de permanecer unidos a Él.

Luego sigue el enunciado de la relación que existe entre el Señor y los Apóstoles, y entre el Señor y las almas que han comulgado: la vid es el Señor; los sarmientos, somos nosotros.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien permanece en mí y yo en él, éste lleva fruto abundante, porque sin mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera como el sarmiento y se seca; y los recogen y arrojan al fuego, y arden. Si permaneciereis en mí y, mis palabras permanecieren en vosotros, cuanto quisierais pedirlo y lo obtendréis.

Creo que ahora vemos claramente cuál es la doctrina del Señor. Existe un don del Señor, y por nuestra parte una especie de deber correlativo acerca del cual nos instruye el Señor. El Señor nos amenaza si no permanecemos unidos a Él; y, por el contrario, nos hace una promesa incomparable si permanecemos unidos a Él. Estudiemos un poco esta doctrina del Señor.

Existe un don de Dios. Este don consiste en la unión entre Él y nosotros, entre la vid y los sarmientos. Es una unión estrecha: los sarmientos están adheridos a la vid, no se los distingue de ella; la vid y los sarmientos no constituyen sino un solo individuo orgánico. Hay unión entre Nuestro Señor y nosotros: unión estrecha. No sólo unión, sino vida; una misma entidad numérica, una misma vida anima la vid y los sarmientos; una savia viva circula desde la vid hasta los sarmientos y los sarmientos viven de la vida de la vid. Los sarmientos y la vid no forman sino un único individuo orgánico y viviente, y creo con mucha firmeza que el Señor no ha hablado al azar. En una circunstancia que era decisiva e incomparablemente solemne, estoy seguro de que el Señor hizo uso de las palabras que eran necesarias. Dijo que Él es la vid y que nosotros somos los sarmientos; por lo tanto, debemos concluir que hay unidad de vida entre Nuestro Señor y nosotros después de la comunión. No quiero hacer alusión a las palabras de san Pablo: *Vivo, no ya yo, sino Cristo vive en mí*. Trataré de quedarme en la metáfora o alegoría de la que ha querido servirse el Señor.

Existe una estrecha unión entre la vid y los sarmientos. No hay sólo unión: las cosas que están unidas se desunen; en cambio, no hay división ni disolución posible en lo que es uno. Hay unidad, no solamente unión, entre Nuestro Señor y nosotros, y no corremos peligro de exagerar. Llevamos en nosotros la vida sobrenatural, cuyo complemento en nosotros nos revela la santa comunión; la vida de Nuestro Señor Jesucristo, la savia divina de Nuestro Señor circula en nosotros. Llevo en mí, llevamos en nosotros una Belleza sobrenatural. Esta Belleza sobrenatural

⁴ Extracto tomado del cap. 2 de las *Conferencias* sobre el capítulo XV de san Juan. Editions de l'Abbaye de Solesmes, 1963. Tradujo: Hna. Josefina Acevedo Sojo, osb. Abadía de Santa Escolástica.

tiene un nombre. Así como la palabra de la Sagrada Escritura no es una palabra abstracta, tampoco esta Belleza sobrenatural que llevamos en nosotros, sobre todo después de la santa comunión, es una belleza anónima; es la Belleza de alguien, es la Belleza del Señor.

Esta Belleza que tiene por asombrosa función y por oficio activo el penetrar, el empapar cada día más nuestra alma, toda nuestra vida; esta Belleza que se va plenificando en nosotros por la recepción de los sacramentos, principalmente los de la Penitencia y la Eucaristía, no es belleza nuestra, es la Belleza del Señor desarrollada y llevada a su plenitud en nosotros. Y lo que el Señor bendice, lo que el Señor recompensa y lo que el Señor admira quizás en nuestra alma, no somos nosotros ni es una belleza que nos sea propia: es el desarrollo perfecto, la expansión plena en nosotros de la Belleza de Nuestro Señor.

Dijimos que existe unión, añadimos que existe unidad y que esa vida sobrenatural que tenemos en nosotros, ese esplendor sobrenatural que llevamos en el fondo de nuestra alma, es la Belleza de Nuestro Señor: *De su plenitud todos hemos recibido.*

Hay una total dependencia entre la vid y los sarmientos: el sarmiento está unido a la vid, todo lo recibe de la vid, le pide su savia, le mendiga, en cierto modo, por medio de sus ligamentos materiales y físicos, la vida que le es necesaria. La dependencia es total y tan absoluta que si se quebrara por un solo instante, la vida cesaría inmediatamente.

Hay una dependencia absoluta: *Sin mí nada podéis hacer.* Sin Él nada podemos, nada absolutamente. Lo sabemos muy bien. Sin embargo, en la práctica, lo olvidamos a menudo. Con excepción de algunas almas que desde un primer momento se orientan plenamente en la vida sobrenatural y comprenden que el Señor lo es todo para ellas, con excepción de ciertas horas en que tenemos la experiencia de que nada podemos hacer sin apoyarnos en Él, la mayoría de nosotros olvidamos prácticamente nuestra dependencia del Señor. Nos persuadimos siempre, por no sé qué teología, que podemos algo por nosotros mismos; que mediante impacencias o impresiones o por una cierta vehemencia, podemos prescindir de Dios y obrar por nuestro esfuerzo personal. Nuestro esfuerzo reside por entero en nuestra dependencia y nuestra docilidad. Nos convencemos fácilmente de que con emociones sensibles, impacencias y hasta con ciertas impertinencias que nos permitimos frente al Señor con la intención de agujonearle, o bien por diligentes estudios que proyectan la luz de nuestra propia inteligencia sobre algún asunto, o por conmociones sensibles que imprimimos a nuestra alma, avanzaremos en la obra de nuestra santificación y que el Señor se acercará a nosotros. Y peor aún, a veces creemos adelantar la hora de nuestra santificación por medio de exámenes de conciencia refinados que llevan estrecha cuenta de todos los pequeños acontecimientos de ayer, de hoy y de mañana.

Nuestra dependencia es absoluta. El Señor nos dice: *Sin mí nada podéis hacer.* En consecuencia, en el orden sobrenatural, el socorro nos viene sólo de Él, nuestra dependencia con respecto a Él es total.

Nuestra dependencia es continua; así también la dependencia del sarmiento con relación a la cepa de la vid es una dependencia que no puede sufrir ninguna especie de interrupción, hay continuación, asiduidad; nunca estará bastante tiempo el sarmiento en la vid como para poder prescindir de ella. ¿Queda entendido? Frente a aquel a quien pertenecemos, frente a Nuestro Señor, estamos siempre en la misma penuria, en el mismo desamparo personal, no crecemos delante del Señor. En la vida sobrenatural no hay mayoría de edad, no hay emancipación; siempre somos niños pequeños, siempre somos mendigos. ¿Al cabo de cuánto tiempo y después de qué desarrollo puede el sarmiento sustraerse de la vid? Jamás. Su dependencia es continua e importa mucho que en la vida sobrenatural esto quedo bien claro.

Nuestra dependencia, con respecto al Señor y a toda persona y a todo objeto que nos represente al Señor, es continua. Somos siempre niños frente a los sacramentos, somos siempre niños frente a nuestra Señora, nunca seremos mayores de edad para la Santísima Virgen, nunca

seremos otra cosa que niños: *Como niños recién nacidos, desead la leche espiritual y pura..*

Y aun cuando crecemos, en el sentido de que captamos mejor la Belleza del Señor, nuestra dependencia no deja de ser total, continua, y, en ciertos aspectos, no crecemos. Para nuestro padre y para nuestra madre no crecemos. Uno no se siente grande hasta que no pierde a su madre; hasta ese momento, frente a esa belleza y esa ternura que Dios nos ha dado desde la aurora de nuestra vida, somos niños pequeños. Cuando se pierde a su madre, ese día uno se siente grande, se siente viejo.

En la vida sobrenatural, somos siempre niños pequeños, y cuando faltamos a esta ley esencial, nuestra alma y también Dios sufren detrimento. La verdadera ley de nuestra vida sobrenatural es la infancia: *Si no os hacéis como niños pequeños no entraréis en el reino de los cielos.* Esto es tan verdadero que cuando estemos en la eternidad tendremos la actitud de los niños pequeñitos que están al pecho de su madre; niños que reciben a cada instante del seno de Dios esa vida que jamás faltará.

Casi iba a decir que esa dependencia es una dependencia creciente, y es cierto. Somos tanto más dependientes de Dios cuanto más hemos recibido, cuanto más le debemos y cuanto más necesidad tenemos de ser sostenidos por Él. Esta dependencia, lejos de disminuir en la medida de nuestro crecimiento, crece en proporción, en razón directa de nuestra vida sobrenatural: puesto que debemos sostener un peso mayor, hemos de recibir más de Nuestro Señor.

Hasta aquí no he hablado sino de los beneficios de Dios. Los resumo antes de dar la indicación correlativa de nuestro deber para con Él: existe unión, existe unidad de vida, hay una dependencia de vida, hay una dependencia continua y hasta creciente. Esto es la exposición exacta de nuestra situación frente al Señor. Basta con señalar la alegoría que el Señor emplea para caracterizar nuestras relaciones con Él.

Yo soy uno con el Señor por la santa comunión. Tengo en mí la conciencia verdadera, no solamente la abstracta, esa conciencia natural que nos hace distinguir el bien del mal, no sólo ese tribunal abstracto que me instruye sobre lo que se debe hacer y lo que se debe evitar; no tengo sólo eso en mí. Tengo aún algo mejor que la caridad. La caridad es el prolongamiento de la conciencia, la caridad nos muestra el bien, lo mejor, lo perfecto. Bueno es ser guiado por la caridad porque ese resorte de la caridad nos guía siempre hacia algo más perfecto. *El camino de los justos es como la luz cuyo brillo crece hasta el pleno día.*

No es solamente la conciencia lo que yo tengo en mí, no es sólo la caridad; sino que como conciencia, yo llevo en mí al Dios vivo, y en todos los detalles, en todo el desenvolvimiento activo de mi vida, no tengo más que, en verdad, mirar a esa luz que llevo en mí: *El que me sigue no camina en tinieblas.* Yo llevo en mí, yo llevo conmigo esa luz; y poseo como suplemento incomparable de mi conciencia creada y de mi caridad, esa conciencia increada y esa caridad substancial y viviente que es el Señor en mí. Mi vida es clara, no tengo necesidad de muchos doctores de conciencia, llevo en mí un santuario, llevo en mí al huésped de ese santuario: todo anda bien en mi vida. En verdad no tengo más que mantenerme firmemente de acuerdo con esa conciencia increada que Dios me ha dado y que ha venido a mí por la comunión.

Nuestra vida es clara. Poco tenemos que consultar los libros o interrogar a los hombres. Cuando nuestra alma es pequeña basta, simplemente, con ponerla en la escuela de esta luz, de esta justicia, de esta ternura, de esta conciencia.

¿Me equivoco, acaso? ¿Será todo esto una pura invención teológica, un sueño tal vez? O bien, ¿es la realidad? ¿Está contenido esto en las palabras del Señor que estamos leyendo? ¿Está contenido, encerrado, implicado de antemano en el hecho de la comunión? *El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.*

Este es el don de Dios. Nuestra actitud frente a este don es la docilidad. Este programa de vida sobrenatural nos es propuesto por las palabras de san Pablo que os he repetido tantas veces: *Los que son movidos por el espíritu de Dios son hijos de Dios*. Y sin embargo la conclusión que el Señor extraía para nosotros hace un momento no es exactamente la misma, si bien en el fondo, difiere muy poco. *Permaneced*, dice el Señor, Yo he venido a vosotros y en vosotros permanezco. Vosotros también permaneced en la situación en que os establece vuestra comunión. Yo estoy en vosotros, vosotros estáis en mí: *permaneced...*

Este “permaneced” parece, en Dios, una idea fija.

Pues bien, de vez en cuando me gusta discutir con el Señor, aunque siempre estoy de acuerdo con Él. De buen grado le diría: “No debes hablar de ese modo: parece que tu vida necesitase nuestra compañía, que tu felicidad no puede ser completa si no la compartes con nosotros. No tienes que hablar así, Señor; y por sobre todo no debes enorgullecer a tu creatura. Es suficiente que le digas que puede permanecer, que la autorizas y la invitas a permanecer contigo y ella, indudablemente, permanecerá”.

No. De este “permanecer” con Dios, de esta adhesión constante, de esta unión querida y asidua con Dios, que está en nosotros, Dios ha hecho para nosotros un precepto, una obligación que Él garantiza con sus promesas y hasta con sus amenazas. A nosotros nos toca considerar si, en la práctica, nos conviene permanecer con ese Dios que ha tomado la iniciativa y nos pide como un favor, como una limosna, que consintamos en permanecer con él. *Permaneced en mí y yo en vosotros*.

Me parece que esta palabra ha sido comentada en el momento más solemne del santo sacrificio de la misa por la palabra de la Iglesia. El sacerdote en la (segunda)⁵ oración que precede a la comunión se dirige al Señor: *Señor Jesucristo.... dame la gracia de vivir cumpliendo siempre tus mandamientos y no permitas que me separe nunca de ti...* Estas palabras que la Iglesia pone en los labios del sacerdote no tienen la intención de pedir que no seamos separados de Dios en la eternidad sino en el tiempo. Para mí, el verdadero sentido de estas palabras es éste: que mientras crece nuestra vida sobrenatural permanezcamos unidos a Él. No se trata de la eternidad. La eternidad ya la tenemos: es Dios en la eucaristía. Lo que pedimos a Dios para poder estar siempre a la altura de esa eternidad, es que jamás nos separemos de Él, que de Él tomemos nuestra regla de vida, la dirección de nuestra actividad, la indicación para las circunstancias en que habrá de ejercerse nuestra actividad y sobre todo para el fin de nuestra actividad. “Señor, ahora que estoy contigo, actuaré. No. Eres tú quien actuará. Tendríamos que usar un singular en el que estuviéramos contenidos tú y yo. Yo obraré, pero por ti”.

Dios es tan bueno, tan flexible, de esencia tan fluida, que puede penetrar todos los aspectos de nuestra vida. Qué sorpresa tendremos al entrar en la eternidad, cuando nos demos cuenta de las riquezas de nuestra actual pobreza, cuando veamos con qué facilidad, con qué suavidad, hubiéramos podido corresponder a esa actividad y a esa conciencia increada que mora en nosotros. Si alguna añoranza o alguna pena pudiera entrar en la eternidad sería la de no haber seguido enteramente esa dirección. Comencemos desde ya para evitárnosla.

El Señor no ha venido para ser espectador sino para actuar. Y ¿qué es Dios sino acto puro? Si Dios ha venido para ser no sólo activo sino acto, acto en sí mismo, acto también en nosotros, sólo nos queda una cosa: ser docilidad viviente para con este acto increado en todos los momentos de nuestra vida interior. En lo que pensamos, en lo que buscamos y deseamos, en lo que amamos, en el contacto asiduo con el acto íntimo de Dios: ser docilidad, adaptación gozosa, como una especie de gozosa elasticidad, como si Dios nos hubiera penetrado plenamente.

Señor, ¡qué hermoso sería esto! ¡Cuánta gloria para el Señor! ¡Cuán necesario es que estas cosas

⁵ En el nuevo misal hay sólo una oración que precede a la comunión.

que no se comprenden en todas partes, que nadie se atreve a decir, sean dichas aquí, comprendidas y realizadas aquí! Es muy importante que Dios encuentre en nosotros una compensación por tanta apostasía... Y es muy importante que de esta manera nosotros seamos - permitidme que os lo diga- los salvadores del mundo.

Y esta adhesión constante debe referirse a todas nuestras acciones. Caminar, hablar, trabajar, mirar: ninguno de estos movimientos en los que se ejerce nuestra actividad interior debe escapar a la acción de Dios. Ni un solo paréntesis en nuestra vida ha de escapar a Dios. La actividad de Dios debe ejercerse sobre toda la extensión de nuestra alma: *la tierra está llena del conocimiento de Dios como las aguas colman los abismos.*

Dejo lo demás a vuestro juicio. Las almas, cuando son leales, cuando son rectas, cuando son de Dios, sólo necesitan una advertencia, una indicación.

A vosotros os corresponde aplicar este programa, mostrar al Señor que lo habéis comprendido plenamente, que estáis seguros de que es la perfección; sentís que es fácil y dulce y sabéis que la vida así entendida, como un “permanecer” con Dios, como una constante adhesión a Él, ya no es más la vida terrena sino desde ahora, la vida con Dios, la vida eterna.